

Poesía y vida

Hugo von Hofmannsthal

Traducción: Mariano Villanueva Soler

Me han invitado Vds. a venir para que les diga algo sobre un poeta de nuestro tiempo, o sobre algunos de ellos, o sobre la poesía en sí. Oirán con gusto aquello de lo que, así cabe pensarlo, me gusta hablar. Todos nosotros somos jóvenes y, por tanto, y a tenor de las apariencias, nada será más cómodo y sin complicaciones. Estoy realmente convencido de que no me resultaría demasiado difícil agrupar de tal arte un par de centenares de verbos y adjetivos que les haría pasar un ameno cuarto de hora. Y lo creo así principalmente porque sé que todos somos jóvenes y puedo imaginarme con bastante aproximación a qué son les gusta bailar. Es relativamente fácil ganarse las simpatías de la generación a la que se pertenece. «Nosotros» es una hermosa palabra, los países de nuestros contemporáneos se extienden como grandes telones de fondo hasta las orillas del mar, más aún, hasta las estrellas, y bajo nuestros pies yacen los ya pasados, hacinados, como prisioneros, en abismos transparentes. Hay varias maneras falsas, pero placenteras, de hablar de la poesía de nuestro tiempo. Vds. especialmente están habituados a escuchar discursos sobre las artes. Retienen en su memoria un número increíble de eslóganes y de nombres propios y todos ellos les dicen algo. Han llegado tan lejos que ya nada les desagrada. Tendría que guardarme de confesarles que a mí la mayoría de estos nombres no me dice nada, absolutamente nada, y que de lo que se designa bajo tales nombres ni siquiera una mínima parte me produce algún tipo de satisfacción. Debería ocultarles que creo haber llegado a la firme convicción de que, dada la naturaleza muda de las artes, sólo se prestan a discusión sus aspectos más accidentales y menos valiosos y que tanto más se busca refugio en el silencio cuanto más cerca se está de los hondos fundamentos del arte. Me creo, pues,

en el deber de desengañarles acerca de que exista una gran diversidad en nuestro modo de pensar. Pero la primavera ahí fuera y la ciudad en que vivimos con sus numerosas iglesias y sus múltiples jardines y la pluriforme diversidad de la gente y el elemento singular y engañoso que dice sí a la vida vendrían en mi ayuda con tan copiosos velos multicolores que creerían que he hecho un sacrificio con vds., cuando lo he hecho contra Vds., y me alababan.

Creo, por otra parte, que no me resultaría excesivamente difícil situarme en una posición inesperada y casi divertida opuesta a sus gustos y a sus hábitos estéticos. Pero ya sea que frente a las afirmaciones con las que intentaría explicar tales cosas reaccionen Vds. con la risa de los augures y de los lectores demasiado acostumbrados a folletines, o que las escuchen con persistente animadversión, en ningún caso me forjaré la ilusión de haber sido comprendido por Vds., en ningún caso de que han tomado nota de mi opinión más que de una manera puramente formal y para salvar las apariencias. Me veré atacado con argumentos que no me afectan y defendido con argumentos que no me protegen. Me hallaré a veces desamparado como un niño pequeño y otras incapacitado como un hombre demasiado viejo para hacerse comprender: y todo ello en mi propio campo, en mis propios asuntos, en aquello en lo que tal vez soy un poco entendido. Pues una especie de buena educación les impediría desplazar la discusión a zonas vecinas para mí totalmente prohibidas a causa de mi ignorancia, tales como la historia, la historia de las costumbres o la sociología. Pero en el ámbito de mi pequeño dominio les vería luchar con artillería pesada contra lo que yo considero espantapájaros y saltar alegremente sobre arroyuelos que son para mí eternas fronteras abismales, mortalmente poderosas. Aunque mi desconfianza sería aún mayor si ocurriera que concuerdan en algo conmigo. Estaría entonces doblemente convencido o de que se ha entendido en sentido figurado lo que he pretendido decir en sentido literal o de que se ha producido algún otro engaño.

Toda alabanza que pueda tributar a mi poeta les parecerá cícatera. Les llegará su sonido tenue y débil a través de un amplio abismo de silencio. Sus críticos y árbitros del arte tienen, cuando alaban, la boca llena como tritones escupidores de agua; pero sus

alabanzas se dirigen a los escombros y a partes aisladas, la mía al todo; su admiración a lo relativo, la mía a lo absoluto.

A mi parecer, se ha perdido por entero el concepto de la totalidad en el arte. Se han combinado la naturaleza y su imitación para formar una especie de inquietante cosa híbrida, como los cuadros panorámicos y los gabinetes de figuras de cera. Se ha rebajado el concepto de la poesía hasta reducirlo a una confesión embellecida. Son responsables de una enorme confusión algunas palabras de Goethe, expresadas en un lenguaje figurado demasiado sutil para ser captado por los biógrafos y redactores de notas. Recuérdense las peligrosas metáforas sobre la poesía de ocasión o la de «escribirse algo desde el alma». No sé qué otra cosa podría parecerse más a la pintura de un panorama que la manera como las biografías de Goethe despachan a Werther con la insolente indicación de hasta dónde llegan las experiencias individuales realmente vividas y dónde comienza el telón de fondo pintado. Se ha creado así un nuevo órgano para disfrutar de lo informe. En los últimos decenios, filólogos, periodistas y pseudopoetas han impulsado de consuno la descomposición de lo espiritual en el arte. Que hoy ya nos entendamos entre nosotros, que tenga yo más dificultad en hablarles de un poeta de su tiempo y de su lengua que un viajero inglés en ofrecernos información real acerca de las costumbres y las concepciones de un pueblo de Asia, todo ello es consecuencia de la gran pesadez y la fealdad que numerosos espíritus devoradores de polvo han introducido en nuestra cultura.

No sé si bajo la fatigosa garrulería de la individualidad, del estilo, del sentimiento, de los estados de ánimo y cosas parecidas no han llegado Vds. a perder la conciencia de que el material de la poesía son las palabras, de que un poema es un ingrátido tejido de palabras que, a través de su disposición, su sonido y su contenido, al unir el recuerdo de lo visible y el recuerdo de lo audible con el elemento del movimiento, produce una situación anímica exactamente descrita como fugitiva y soñadora, a la que llamamos estado afectivo del espíritu. Si consiguen reencontrar el camino hacia esta definición de la más ligera de las artes, se habrán descargado del peso de un confuso cargo de conciencia. Las palabras lo son todo, las palabras con las que se puede llamar

a una nueva existencia a las cosas vistas y oídas y es posible imaginarlas, según leyes inspiradas, como algo en movimiento. No hay camino directo de la poesía a la vida, ni de la vida a la poesía. La palabra como soporte de un contenido vital y la ensoñadora palabra hermana que puede haber en una poesía tienden a separarse, flotan distantes como los dos cubos de un pozo. No es ninguna ley externa la que expulsa del arte las sutilezas de la razón, toda discusión con la vida, toda inmediata referencia a la vida y toda directa imitación de la vida, sino la simple imposibilidad: estas pesadas cosas pueden vivir en la poesía tan mínimamente como las vacas en las copas de los árboles.

«No es el sentido» —y me sirvo aquí de las palabras de un autor para mí desconocido, pero valioso— «lo que determina el valor de la poesía (pues entonces sería una especie de sabiduría, de erudición), sino la forma, que no tiene en absoluto nada de extrínseco, sino que es aquello profundamente excitante en la cadencia y en el tono en virtud de lo cual los espíritus originales, los maestros, se han distinguido siempre, en todas las épocas, de los imitadores, de los artistas de segunda fila. Tampoco es un hallazgo aislado, por feliz que sea, en una línea, una estrofa o una sección más amplia, el que determina el valor de una composición poética. Es el conjunto, la relación de cada una de las partes entre sí, la secuencia necesaria de lo uno a lo otro lo que caracteriza, ante todo, la poesía elevada».

Añado dos observaciones más, que son poco menos que obvias.

Ni el estilo retórico, que utiliza la vida como materia, ni las reflexiones en lenguaje sublime tienen ningún derecho al nombre de poesía.

Acerca de lo único determinante, esto es, la selección de las palabras y el orden en que deben ser puestas (el ritmo) sólo deben juzgar, en última instancia, en el poeta la cadencia y en el oyente la sensibilidad.

Esto, que es lo único que constituye la esencia de la poesía, es casi siempre ignorado. No conozco, en ningún estilo artístico, un elemento más vergonzosamente desvalorizado entre los nuevos sedicentes poetas alemanes que el epíteto. O se les añade sin pensar o con un deliberado propósito de pintura chillona que lo paraliza todo. Pero resulta aún más irritante la insuficiencia del sen-

timiento rítmico. Se diría que ya prácticamente nadie sabe que es ésta la palanca de todo efecto. Sería el mayor de todos los poetas alemanes de los últimos tiempos aquel del que pudiera decirse que tiene los adjetivos que no han nacido muertos y que sus ritmos no van nunca en contra de su voluntad.

Todo ritmo lleva en sí la línea invisible de aquel movimiento que es capaz de producir. Si los ritmos se estancan, los gestos apasionados en él ocultos se convierten en tradición, como aquellos de que se componen los ballets ordinarios de escasa valía.

No puedo dar la bienvenida a las «individualidades» que no tienen un tono personal y cuyos movimientos interiores se acomodan a ritmos ocasionales. Soy incapaz de escuchar sus cadencias de Uhland o de Eichendorff y no envidio a nadie cuyas grandes orejas puedan hacerlo.

El tono personal lo es todo. Quien no se atiene a él, renuncia a su libertad interior, que es la única que puede hacer posible la obra. El más valeroso y el más fuerte es aquel que con mayor libertad es capaz de poner sus palabras, pues nada es tan difícil como arrancarlas de sus falsas y sólidas conexiones. Una relación nueva y osada de palabras es el más valioso obsequio para el espíritu, en nada inferior a una estatua del efebo Antinoo o a la poderosa bóveda de un portal.

Que se nos deje ser artista en palabras, como otros lo son en piedras blancas y de colores, en bronce batido, en tonos musicales puros o en la danza. Que se nos alabe por nuestro arte, como a los oradores por sus sentimientos y su empuje, a los sabios por su sabiduría, a los místicos por sus iluminaciones. Y si se quieren, a cambio, confesiones, deben buscarse en las memorias de los estadistas y los literatos, en las declaraciones de los médicos, de las bailarinas o de los toxicómanos. Para quienes no saben distinguir entre lo material y lo artístico el arte no existe en absoluto. Pero incluso para éstos hay suficientes páginas escritas.

Les causo asombro. Se sienten desilusionados y descubren que expulso a la poesía de la vida.

Se asombran de que un poeta alabe las reglas y vea la totalidad de la poesía en la secuencia de las palabras y en las cadencias. Pero hay demasiados aficionados que alaban las intenciones y todo cuanto carece de valor tiene servidores en todas las cabe-

zas toscas. Y no se preocupen: les devolveré la vida. Sé bien que el arte está referido a la vida. Amo la vida, o, por mejor decir, no amo otra cosa sino la vida. Sólo que no me gusta que se quieran poner colmillos de elefante a los retratos de personas ni que se coloquen en los bancos de piedra de un jardín figuras de mármol, como si fueran paseantes. Deben perder la costumbre de pedir que se escriba con tinta roja para hacer creer que se escribe con sangre.

Les he hablado demasiado de efecto y demasiado poco de espíritu. Sí, porque considero que el efecto es el alma del arte, su alma y su cuerpo, su núcleo y su corteza, su esencia entera. Si no causa efecto, no sé para qué existe. Pero si actúa a través de la vida, a través de lo que hay de materia en él, también en este caso sabría para qué existe. Se ha dicho que puede percibirse entre las artes el mutuo intento por abandonar la esfera propia de su eficacia y añorar los efectos de un arte hermano: y que como meta común de todos estos anhelos por efectos ajenos destaca claramente la música, porque es en esta especialidad artística donde la materia queda superada hasta el olvido.

El elemento del arte de la poesía es de naturaleza espiritual, son las palabras flotantes, las palabras infinitamente polivalentes suspendidas entre Dios y las criaturas. Una escuela poética de una época semipasada, animada por las mejores intenciones, se ha hecho culpable de mucha rigidez y estrechez de mente al recurrir con excesiva abundancia en sus poemas a las comparaciones con piedras preciosas, bustos, joyas y edificios.

Con esto queda dicho por qué las composiciones poéticas como las copas de insignificante apariencia pero encantadas, en las que cada cual ve la riqueza de su alma, pero las almas indigentes no ven apenas nada.

Comenzando por los Veda y la Biblia, sólo los vivientes pueden alcanzar todos los poemas, sólo los vivientes pueden disfrutarlos. Una piedra tallada, un hermoso tejido se da siempre, pero un poema acaso una sola vez en toda la vida. Un gran sofista ha reprochado a los poetas de nuestro tiempo que es muy poco lo que saben del fervor íntimo de las palabras. Pero ¡qué saben los hombres de este tiempo del íntimo fervor de la vida! Quienes no conocen ni la soledad ni la compañía, quienes no saben ser ni

altivos ni humildes, ni fuertes ni débiles, ¿cómo podrán descubrir en los poemas los signos de la soledad y de la humildad y de la fortaleza? Cuanto más capaz de hablar es alguien y cuanto más fuerte es en él la apariencia del pensamiento, más alejado está de los inicios de los senderos de la vida. Y sólo al precio de recorrer los caminos de la vida, con las fatigas de sus simas y las fatigas de sus cimas, se alcanza la comprensión del arte espiritual. Pero los caminos son tan largos y sus incesantes vivencias se devoran tan inexorablemente entre sí que pesa sobre el corazón, como una parálisis mortal, y sin embargo divina, la inutilidad de toda explicación, de todo razonamiento, y quienes de verdad comprenden se tornan taciturnos como los espíritus auténticamente creadores.

Me han invitado a venir para que les hable de un poeta. Pero no puedo contarles nada que no puedan contarles sus poemas, ni sobre él ni sobre otros poetas ni sobre la poesía en sí. A quienes menos debe preguntárseles qué es el mar es a los peces. Lo más que pueden decirnos es que no es de madera.

Tomado de: Hofmannsthal, Hugo von. *Instantes griegos y otros sueños*, Valladolid, España, Cuatro Ediciones, 1998.